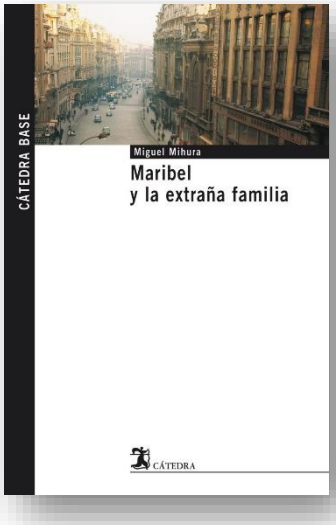
LECTURA FINAL

Categoría B (E. Secundaria)

Modalidad de grupo



Maribel y la extraña familia

Miguel Mihura

Ediciones Cátedra, 2017

https://librarium.educarex.es/info/maribel-y-la-extrana-familia-00907635

DOÑA MATILDE. ¿Pero qué le sucede a usted, hijita?

(Maribel se queda quieta, sin saber qué hacer. Marcelino la presenta.)

MARCELINO. Es mi madre, Maribel.

DOÑA MATILDE. Muchísimo gusto en saludarla, señorita... Es para nosotros un gran placer recibirla en esta casa. Mi hijo me ha hablado tantísimo de usted, que no sabe los deseos que tenía de conocerla personalmente… Pero siéntese, siéntese...

(Maribel mira a uno y a otro sin saber qué partido tomar. Pero las buenas maneras y el aspecto distinguido de Doña Matilde no le permiten dar el escándalo que ella deseara.)

MARIBEL. Es que tengo un poco de prisa, la verdad…

MARCELINO. Vamos, Maribel... No debes ser así... Mamá tenía muchos deseos de charlar contigo.

DOÑA MATILDE. ¡Pues claro que sí! ¡Tenemos que hablar de tantas cosas!

MARIBEL. *(A la defensiva.)* ¿De qué cosas, oiga?

DOÑA MATILDE. Pues ¡de qué va a ser! De sus amores con mi hijo...

MARIBEL. Yo no tengo amores con su hijo, señora... Y si él me ha traído aquí...

DOÑA MATILDE. Ya sé que, de momento, solo ha habido entre ustedes un ligero flirteo..., ¿no es así? Pero todo llegará, andando el tiempo… Y yo estoy segura de que van ustedes a ser muy felices... Y es más. Quiero decirle una cosa, que seguramente le halagará... Mi hijo me había hecho muchos elogios de usted. Pero todos son pocos ante la realidad. Es usted una criatura realmente encantadora… Pero siéntese, siéntese...

(*Maribel vuelve a mirar a los dos, que están sonrientes y felices. Y, tímidamente, se sienta, estirándose la falda para que no se le vean demasiado las piernas).*

MARIBEL. Con su permiso.

(Y de nuevo se levanta cuando escucha la voz de Doña Paula, que ha salido por la puerta del foro).

DOÑA PAULA. ¡Ay, qué bien! ¡Si por fin ha venido! ¡Si por fin ha venido!

MARCELINO. Pasa, tía. Mira, Maribel. Te voy a presentar a mi tía Paula, la hermana de mi madre... Ella es la dueña de esta casa, donde mamá y yo estamos pasando unos días.

DOÑA PAULA. ¡Encantada! ¡Encantada! ¡Pero qué mona! ¡Pero si es una chica preciosa! Muchísimo gusto en conocerla, hija mía... Muchísimo gusto.

MARIBEL. Lo mismo le digo.

DONA MATILDE. Pero siéntese, siéntese.

MARIBEL. Con su permiso…

(Y vuelve a sentarse, acobardada. Lo más recatadamente posible.)

DOÑA PAULA. ¡Y qué moderna va vestida! ¿Pero te has fijado qué zapatos, Matilde? Son elegantísimos.

DOÑA MATILDE. Claro que me he fijado… Pues ¿y la blusita? ¿Y el peinado?... ¡Y todo! Una verdadera monería.

MARCELINO. Ya os dije que os iba a gustar mucho...

DOÑA MATILDE. ¿Cómo mucho? ¡Una barbaridad! ¡Es una criatura encantadora!

DOÑA PAULA. Ya sabemos que ha congeniado usted con mi sobrino, y no sabe lo que lo celebramos... Y ahora, después de tener el gusto de conocerla, mucho más... Parece que han nacido ustedes el uno para el otro. ¿Verdad, Matilde?

DOÑA MATILDE. Claro que sí, Paula.

DOÑA PAULA. ¿Y nosotros qué le parecemos?

MARIBEL. Pues qué sé yo... Así al pronto...

MARCELINO. La encontraréis un poco cohibida, pero es que se ha llevado una sorpresa cuando le he dicho que os iba a presentar... Creyó, incluso, que se trataba de una broma.

MARIBEL. Es que una no está acostumbrada a estas cosas, la verdad… Y vamos…

DOÑA PAULA. Las chicas modernas, ya se sabe… Se puede decir que viven un poco al margen del hogar y, por consiguiente, no son muy propicias a las reuniones familiares.

[…]

DOÑA MATILDE. A propósito, ¿quiere usted que pongamos un poco de música? Tenemos música moderna.

MARIBEL. No, gracias... Me voy a ir enseguida.

MARCELINO. Pero, por Dios, Maribel. Si es tempranísimo.

MARIBEL. *(Con rabia.)* Tú te callas, ¿quieres?

MARCELINO. Perdona.

DOÑA PAULA. ¿Quiere usted probar una chocolatina?

(Y se levanta para ir a buscar una caja de chocolatinas. que después ofrece, abierta, a Maribel.)

DONA MATILDE. Son de nuestra fábrica. Supongo que mi hijo le habrá dicho que poseemos una fábrica de chocolatinas.

MARIBEL. No, no me ha dicho nada. ¡Qué me va a decir este!

DOÑA MATILDE. ¡Pero cómo eres, hijo!

MARCELINO. Me ha parecido mejor que se lo dijerais vosotras…

DOÑA MATILDE. Tiene usted que disculparle, pero ya se habrá dado cuenta de que es un poco vergonzoso y, sobre todo, tiene muy poca costumbre de tratar con señoritas modernas, así como es usted.

MARIBEL. Sí, eso ya se nota...

(Y ya no puede contener la risa. Se ríe a carcajadas.)

DOÑA PAULA. ¿De qué se ríe usted?

MARIBEL. *(Y se contiene, avergonzada).* No, de nada. Ustedes perdonen.

DOÑA MATILDE. No tenemos nada que perdonar. Tiene usted una risa simpatiquísima.

DOÑA PAULA. ¡Y qué alegre! ¡Es un cascabel!

MARCELINO. Ya os lo había dicho.

MARIBEL. *(Siempre guardándole rencor a MARCELINO*). ¿Tú quieres callarte?

MARCELINO. Discúlpame.

DOÑA MATILDE. Como el pobre no sale apenas de la fábrica, de la que está al frente, y viene tan pocas veces a la capital, es un poco inocente.

MARIBEL: *(Empieza a darse cuenta).* Ah, claro, ya…

DOÑA PAULA. Y es que la fábrica la tienen en un pueblecito en donde apenas se puede hablar con nadie. Gentes rústicas, ¿sabe? Aunque, en el fondo, buenas, según dicen…

DOÑA MATILDE. Ahora, eso sí… Es un pueblecito precioso, rodeado de montañas…Y muy cerca hay un lago… ¡Un gran lago tranquilo!...

(*Al hablar del lago, todos quedan un poco tristes. MARIBEL los observa, y DOÑA PAULA, para romper el silencio que se produce, vuelve a ofrecerle la caja con las chocolatinas).*

DOÑA PAULA. ¿Pero por qué no prueba una?

MARIBEL. *(Se decide*). Bueno. Gracias.

DOÑA PAULA. ¿Le gustan?

MARIBEL. Sí. Están ricas…

[…]

DOÑA MATILDE. Debe usted perdonarme, señorita… Pero quería enterarme de su vida privada antes de ponernos a hablar de sus relaciones con Marcelino.

MARIBEL. ¿Quién es Marcelino?

DOÑA MATILDE. Mi hijo… ¿Es que ni siquiera le habías dicho cómo te llamas?

MARCELINO. *(A MARIBEL).* Claro. Si te lo dije ayer.

MARIBEL. Yo creí que eso de Marcelino era una broma.

DOÑA MATILDE. Si no le agrada Marcelino, puede llamarle Marcel, como le llamaba su padrino… Y casi resulta más bonito y parece un nombre francés.

[…]

MARIBEL. ¿Pero qué pinto yo aquí? ¿Me quieres explicar?

[…]

DOÑA MATILDE. Mi hijo ha venido a Madrid dispuesto a encontrar una novia para casarse y formar un hogar. Una chica fina, educada y moderna, que le alegre un poco la vida, ya que al lado de un vejestorio como yo, el pobre se aburre bastante. Y se ha enamorado de usted, que reúne todas esas condiciones. Y aunque, según parece, su situación económica no es demasiado boyante, eso no nos preocupa lo más mínimo, ya que, afortunadamente, mi hijo dispone de unos bienes bien saneados.

DOÑA PAULA. Comprendemos perfectamente que se sienta extrañada al ser nosotras las que tratemos de este asunto, en lugar de ser él quien se haya declarado, como es corriente entre muchachos y muchachas.

DOÑA MATILDE. Pero él es como un niño, ¿sabe?... Vergonzoso, apocado, sin iniciativa…

MARCELINO. *(Molesto).* ¡No tanto, mamá! Maribel va a creerse que soy un tonto o un inútil…

DOÑA MATILDE. Ni lo uno ni lo otro. Pero tu cortedad no podemos negarla, porque es evidente. […] Por eso he querido hablar yo con usted, hija mía. Por eso quise que mi hijo la trajera a nuestra casa.

[…]

MARCELINO. ¿Estás emocionada, Maribel?

MARIBEL. *(Tímidamente).* Me gustaría hablar contigo a solas.

MARCELINO. ¿Habéis oído, mamá?

DOÑA MATILDE. Pues naturalmente.

DOÑA PAULA. No faltaría más. Estáis en vuestra casa.

DOÑA MATILDE. Además, entre unos prometidos que van a casarse próximamente…